Las mujeres en la obra de Pereda y su madre

Si se trata de un caso de herencia fisiológica o es más bien debido a la educación de los primeros años, firme y perdurable, como molde fuerte al fin que trabaja en blanda cera, no me atrevería yo a dilucidarlo; pero sea de esto lo que fuere, aparece siempre como indudable el gran influjo que la madre ha ejercido en la formación del carácter y aptitudes intelectuales y artísticas de los grandes hombres.

Goethe lo reconoció en un verso que dice:

De mi padre tengo la estatura y la grave conducta en el vivir y de mi madrecita el carácter alegre y el gusto para escribir obras de imaginación.

He aquí por qué figura en la galería iconográfica del presente homenaje, el retrato de doña Bárbara Sánchez de Porrúa y Fernández de Castro, madre del gran novelista don José María de Pereda.

Los hijos de éste me lo han facilitado juntamente con los datos biográficos que a continuación, y con la mayor brevedad posible, resumo para no aumentar el desproporcionado volumen que ha adquirido este número del Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo.

Nació doña Bárbara por el año 1790 en Comillas, esa lindísima villa "tendida sobre el lento declive de un cerro, arrullada por un lado por el inquieto mar de Cantabria, y protegida por los demás por una suave cordillera de pintorescas colinas". (1) En este pueblo, patria también de sus mayores, contaba numerosos parientes y entre ellos pasaba algunas temporadas Pereda.

(1) Pereda "Escenas montañesas". El espíritu moderno.

Doña Bárbara Sánchez Porrúa y Fernández de Castro, madre de Pereda.

El mismo nos confiesa la satisfacción con que recuerda las horas de verdadero placer que aquel lugar le había proporcionado. Allí vivía don Domingo de las Cuevas, su primo carnal, escritor agudo y conversador pintoresco, con quien le unía a más del parentesco un estrecho lazo de amistad.

De claro abolengo la familia de doña Bárbara, brillaron también algunos de sus miembros ilustres por su ciencia y virtudes. Uno de ellos fué el P. Porrúa, hermano de la madre del novelista, famoso dominico que estudió la carrera sacerdotal en Carrión y en Osma, y estando en Méjico ingresó en la Orden de Predicadores. Alcanzó nombradía como orador sagrado. Residió en Francia varios años y llegó a dominar el idioma hasta predicar con toda corrección en la lengua de Bossuet. En Santillana del Mar falleció dejando fama de su ciencia y santidad.

Más tarde, otro pariente ilustre de doña Bárbara, don Saturnino Fernández de Castro, natural de Comillas, fué elevado a la silla episcopal de León. De este obispo hace mención Pereda en una nota puesta el año 1876 para la nueva edición de las *Escenas*, en el artículo "El espíritu moderno".

Las virtudes cristianas, el ingenio y disposiciones literarias constituían cierto sello y carácter en la familia de la madre de Pereda; no ha de extrañarnos, pues, ver también tales cualidades en esta señora y que brillen más tarde en el último de sus hijos, José María.

Doña Bárbara estuvo educándose en un colegio de Oviedo, de donde salió a los catorce años para contraer matrimonio con don Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro, también de hidalga familia natural de Polanco, y de diecisiete o dieciocho años en aquella sazón.

Tan temprano matrimonio, llevado a cabo por una pareja vigorosa y de sanas costumbres, prometía larga descendencia. Veintidos fueron los hijos que trajo al mundo la mujer de don Juan Francisco de Pereda, de los que solamente nueve se le lograron. Al novelista le tuvo a los cincuenta años cumplidos.

Aún en los primeros años de su matrimonio, en los que, casi una niña, más le sentaban los juegos y distracciones que los graves cuidados de la casa y las prácticas de una vida aus-

tera, se entregó a ella con decisión, y tanto en Requejada como en Polanco, pueblos en que habitó el nuevo matrimonio, dió ejemplos constantes de virtud y de su afición a los buenos libros de piedad.

Santa Teresa, el P. Rivadeneira y principalmente el P. Granada, eran especial objeto de sus meditaciones y entretenían gratamente las horas que las ocupaciones del hogar le dejaban libres y sobre todo las de los días festivos.

Y ésta, su noble afición a la lectura de libros al par que piadosos de tan castizo decir, se reflejaba en sus cartas escritas con soltura y cierto grave donaire con que sabía adornar sus pensamientos. Sobre estas sus lecturas sabía hacer, según Pereda, que de niño se las escuchaba atento, muy atinadas observaciones y comentarios.

El último episodio de su ejemplar vida fué el de asistir sola, en el convento de las Caldas de Besaya, al que iba todos los años para hacer ejercicios, a su propio funeral, como Carlos V. La familia lo supo después de morir esta señora que está enterrada junto a su marido y sus hijos Juan y Manuel, en el cementerio del dicho convento. Su fallecimiento ocurrió en el año 1854. (1)

Era esta señora de buena estatura, fuerte y musculosa y aunque de facciones duras, con expresión de bondad, a lo que contribuían no poco sus ojos garzos de suave, pero penetrante mirada. Cuantos la trataron se hacen lenguas de ella y sus consejos, sus rasgos, su ingenio, su recio carácter y dotes de mando hasta hoy día son proverbiales en la familia de Pereda.

Se me antoja que algún bosquejo de la fisonomía moral de su madre nos dejó Pereda en sus obras. Tal vez aquella Magdalena, hija del noble señor Pérez de la Llosia, "alegre a ratos, a ratos no tan alegre; bastante afecta a su pueblo, pero no tanto que no hubiera oído con mucho gusto de los labios de

(1) Algunos datos más sobre la familia de doñá Bárbara puede encontrar el lector en los "Apuntes para la Biografía de Pereda publicados por varios distinguidos escritores montañeses en el número extraordinario de "El Diario Montañés" de 1.° de mayo de 1906; Biografía que se ha incluído en la 3.ª edición del volumen XVIII de las obras completas de don José María de Pereda.

don Román que pensaba trasladar sus penotes a la ciudad; piadosa sin gazmoñerías, caritativa sin tasa, creyente a puño cerrado; de alma sencilla y recta, sin dudas ni lobregueces racionalistas ni otras inverosímilitudes de culta marimacho; más dada a la amena literatura que a meterse en nebulosas metafísicas, cuando se trata de recrear el ánimo..."

Y en la educación que su madre le había dado a él pensaba seguramente Pereda cuando nos describe en "De tal palo tal astilla", la que la señora de Quincevillas dió a su hija:

"Que esta educación se fundó sobre los cimientos de la ley de Dios, sin salvedades acomodaticias ni comentarios sutiles, se deduce de lo que sabemos de la maestra, aunque está de más afirmarlo tratándose de una ilustre casa de la Montaña, todas ellas, como las más humildes regidas por la misma ley inalterada e inalterable. En lo que se distinguió esta madre de otras muchas madres en casos idénticos, fué en su empeño resuelto de explicar a su hija la razón de las cosas para acostumbrarla, en lo de tejas arriba, a considerar las prácticas, no como deberes penosos y maquinales, sino como lazos de unión entre Dios y sus criaturas; a tomarlas como una grata necesidad del espíritu, no siempre y a todas horas como una mortificación de la carne rebelde"...

. . . . . .

"Por un procedimiento análogo, es decir, estimulando la natural curiosidad de los niños, consiguió doña Marta inclinar la de su hija, en lo de puro adorno y cultura mundana, al lado conveniente a sus propósitos; y una vez en aquel terreno, la condujo con suma facilidad desde el esbozo de las ideas al conocimiento de las cosas. Libros bien escogidos y muy adecuados, la ayudaban en tan delicada tarea; al cabo de la cual, Agueda halló su corazón y su inteligencia dispuestos al sentimiento y a la percepción, único propósito de su madre; pues no quería ésta a su hija erudita, sino discreta; no espigaba la mies, preparaba el terreno y le ponía en condiciones de producir copiosos frutos, sanos y nutritivos, depositando en él buena semilla.

Algunos viajes hechos por Agueda, oportunamente dispuestos por su madre, la permitieron comparar, a su modo,

la idea que tenía formada del mundo con la realidad de él; y como ya para entonces la previsora maestra la había enseñado a leer en las extensas páginas del hermoso suelo patrio, convencióse la perspicaz educanda de que *dice* mucho menos la ciudad con sus estruendos, que la agreste naturaleza con su meditabunda tranquilidad. No exageraba su madre cuando le aseguraba, con un famoso novelista, que en todo paisaje hay ideas. ¡Cuántas encontraba Agueda entre los horizontes de su lindo valle!

Y he aquí de qué manera consiguió doña Marta arraigar en su hija el amor al suelo nativo, otro de sus intentos más meditados, por juzgar el caso de suma trascendencia."

Tal vez no hay más que sustituir nombres para que exactamente pueda aplicarse lo transcrito a la educación que dió a su hijo José María doña Bárbara Sánchez de Porrúa.

Le amaba esta señora locamente y él correspondíala con amor también acendrado y admiración y respeto profundos. Y así el heredero de no pocas de sus cualidades físicas y de temperamento, adquirió también, por transmisión de la sangre y por educación de gustos, las aficiones literarias maternas.

Y si claramente se dejan translucir éstas en toda la obra literaria de Pereda, tanto o más se reflejan en su vida las cualidades del temperamento de la que le dió el ser: El porte hidalgo, el carácter entero, su afecto a los humildes, el saber darse a todos sin asomos de importancia, sin hacer notar el favor, su profunda fe religiosa, su amor a la tierra nativa y a sus tradiciones, sus meditaciones constantes sobre la muerte, que miraba con familiaridad hasta el punto de que él mismo colaboró con Galdós en el diseño que éste hizo para su sepultura en Polanco y se tendió sobre la tierra que había de cobijarle para marcar la extensión que debía tener la hoya; éstos y otros rasgos ¿no revelan bien patentemente que seguía Pereda las huellas de aquella mujer varonil, que le dió el ser?

Y en cuanto a gustos y aptitudes literarias atañe, prenda materna es también aquel su donaire y gracejo en el estilo epistolar y sobre todo en el de las cartas familiares que si se coleccionaran y diesen a la imprenta, como es de esperar que algún día lo hagan sus familiares, veríamos que Pereda es muy

digno de figurar en este género literario al lado de Santa Teresa, el P. Isla y los más ilustres epistológrafos.

Aquella sinceridad, aquella verdad con que el novelista describe los hombres y la naturaleza que de escenario les sirve se deben principalmente, a su educación religiosa, a la contemplación diaria de la tierra maravillosa en que nació, que aquel Padre Granada, que él oía leer a su madre se la presentaba como una criatura más salida de las manos del Eterno Padre para su gloria y en la que todos los seres que la habitan cantan alabanzas al Señor.

"Jamás había visto yo—dice Marcelo cuando acompañado del cura de Tablanca hace la ascensión a la cumbre de una montaña—porción tan grande de mundo a mis pies, ni me había hallado tan cerca de su Creador, ni la contemplación de su obra me había causado tan hondas y placenteras impresiones"...

. . . . . .

"Hasta entonces había necesitado el contagio de los fervores de don Sabas para leer algo en el gran libro de la Naturaleza, y en aquella ocasión le leía yo sólo, de corrido y muy a gusto."

El reciente libro del profesor Kurt Siebert, "Die Naturschilderungen in Peredas Romanen", cuya noticia bibliográfica puede ver el lector en las páginas que siguen, nos habla de cómo el espíritu religioso nacido al calor del hogar y el contacto constante con la naturaleza, no vista a través de prismas más o menos literarios que la desfiguran, sino cara a cara, en todo su esplendor y magnificencia y también con todas sus arideces y crudezas, es lo que lleva a Pereda a aquel realismo y fidelidad en la pintura, tan nuevo y tan suyo.

Era todo sinceridad el buen hidalgo de Polanco y no se avenía su carácter varonil ni con las ingenuidades infantiles del escritor de los Cuentos de Color de Rosa, ni con las ternuras un poco empalagosas de la autora de "La Gaviota". Huye, por el contrario, de todo lo convencional, de toda escena de cursi sentimentalismo, porque chocan éstas con la educación que había recibido, con su amor decidido a la veracidad.

"En su manera de pensar—ha escrito Galdós—hay mucho

de su modo de escribir: el mismo horror al convencionalismo, la misma sinceridad."

Cloris, Mirtas y Filis, Delios Lisenos y Batilos jamás pisaron los bellos campos de la Montaña que, a pesar de todo su encanto, no son la soñada Arcadia donde discretean los pastores de suave pellico.

Cuántas veces encontraremos leyendo sus obras la protesta viva de nuestro gran escritor realista contra este modo tan falso de copiar, de inventar, mejor dicho, una Naturaleza y unos hombres que ni han existido ni pueden existir.

En las *Escenas montañesas*, en los cuadros "Suum Cuique" y "La Primavera" satiriza Pereda, con fina ironía, la falta de verosimilitud de los paisajes y tipos de égloga.

"Deja, Fabio, la corte
fascinadora, déjala,
y corre presuroso
hasta mi noble tierra;"
"Antes, Fabio, procúrate
zapatos de dos suelas,
calzón de paño recio,
garrote y podadera;
que en el "ameno" prado
que la vista recrea,
hay charcos escondidos,
y espinas... y culebras;
que el "cristalino" arroyo
que "manso" serpentea
es un "regato", a veces,
que no pueden las piernas
saltar sin el auxilio
de la tranca pasiega;
que en el frondoso bosque
hay zarzas y malezas
que el paso te interrumpen,
y has de cortar, so pena
de que en sus garras dejes
calzones y pelleja;"
.....
"Aquí anda "Nemoroso"
detrás de su carreta,
sin rizos, con la barba
mal afeitada y recia,

con los calzones rotos,
luchando con la tierra
que, a costa de sudores,
al cabo le sustenta.
Verás que la "zagala"
"gentil" que te embelesa
es una mocetona
de alboratada greña,
"de libras" y "boyante",
de tosca faldamenta,
sin cintas ni guirnaldas,
con lodo y "almadreñas";
verás que si, ofuscado,
audaz la galanteas,
no la colora el rostro
como tus trovas cuentan,
las tintas sonrosadas
de púdica vergüenza,
sino que, ardiendo en ira,
como fornido atleta
a "bofetada limpia"
te salta un par de muelas.
Así son los modelos
(al menos en mi tierra)
de las ninfas... y "ninfos"
que vagan por las selvas."

Este mismo temperamento recio y varonil, prenda y herencia materna, es el que le lleva a las frecuentes burlas que de sí mismo inicia simpre que la frase quiere pecar de romántica, de sentimentalismo o cursilería por cualquier concepto.

Describiendo la sala de don Román Pérez de la Llosia en la novela *Don Gonzalo González de la Gonzalera,* enumera entre el mobiliario que contenía un piano, y añade en seguida:

"Y no se asuste el lector por esto del piano, y por tratarse de una doncella, hija de un labrador rico, que borda y medita en una noche de invierno en un caserón de aldea. No voy a hablarle, ¡líbreme Dios de ello!, de esos lirios del valle, ridículamente sensibles, que lloran con las flores y hablan con las golondrinas, y se escapan con el primer duque disfrazado de cazador, que las sorprende triscando con los borregos o apagando la sed en el cristal de la fuente."

Inútil y enojosa sería para el lector la acumulación de tes-

timonios de esta índole donde tantos y por cualquier parte abundan, pues son frecuentísimas las alusiones de Pereda a poetas chirles, Asmodeos y chicos cursis de la prensa, damas y galanes empalagosos.

El fantasma del ridículo persigue siempre al gran novelista montañés. Llega hasta lo sublime en más de una ocasión, pero el paso por lo sentimental, sobre todo en amor, lo huye porque teme tropezar en él.

Ya lo hizo notar Menéndez Pelayo en el prólogo de las "Obras Completas": "Puede decirse sin agravio de él, que los tipos femeniles y los diálogos de amor han sido, son y serán siempre la parte más endeble de su armadura de novelista. Y aún añadiré que los huye o los trata con frialdad y despego."

Sin agravio y hasta con elogio y honra del gran escritor, se puede decir que huye de los diálogos de amor, que sus tipos femeniles son la parte más endeble de su armadura de novelista, pues sino alcanza este arte sutil y delicado es porque su vigor, natural, congénito, que no sabe de decaímientos, le lleva a cantar las gestas de una raza cuyos héroes, como aquel don Lope del Robledal, cabalgando eternamente en su potro de piedra, son ásperos al exterior, casi berroqueños en su corteza, aunque tengan entrañas de niño.

¿Y quién que conozca el temple vigoroso de Pereda, su educación austera y el alma que su madre supo moldearle, va a creerle bien avenido con el amor sensiblero, con el *amor de novela*, como en frase un tanto caústica se dice, y con sus muchas veces fantásticas heroinas?

No es que sus personajes sean incapaces de toda ternura amorosa; muy al contrario, en estos rudos hombres del pueblo es tan fuerte el amor cuando en sus pechos anida, que las palabras se les ahogan en la garganta buscando en vano la salida y después de largo forcejeo, desasosiegos y dulces sinsabores y mil propósitos y otros mil arrepentimientos, el entusiasmo del momento les hace lanzar aquel *ujano* que dentro les escarabajea, pero no con símiles e imágenes gastadas, sino en *ex abrupto* y rapto amoroso, de un modo explosivo y rápido, en frases lapidarias dentro de su sencillez. Frases que como aquel "Por tí Sotileza" del bondadoso Cleto o el "Dende aquí

a la iglesia" del tan cobardote Josco, se destacan y sobresalen en el fondo de la novela como la condensación de un poema amoroso hondamente sentido.

Y, cosa notable, siempre son ellos los devorados por la pasión amorosa, siempre la figura varonil la que prefieren sus pinceles.

"Hay en él—ha escrito el P. Aicardo refiriendose a Pereda— (1) un verdadero pueblo de damas jóvenes equilibradas, discretas, esculturales, de dientes iguales y apretados, piadosas, etcétera, etc.; de éstas una es pelinegra y otra pelirrubia; una habla más que otra; una es muy risueña y la otra es más melancólica; pero todas son hermanas gemelas."

Los más aceptables tipos femeninos que Pereda ha creado, aquellos mismos en que él se esmeró más y le sirvieron de protagonistas y su nombre de título de la novela, tienen más de hembras que de la figura delicada de mujer. "La Montálvez" y "Sotileza" no son más que dos bravías, una en barrio de pescadores y otra entre la aristocracia madrileña, y cuando como tales hablan y se comportan adquieren más valor y realce sus figuras.

Sólo una vez se deja llevar Pereda de la ternura y sensiblería amorosa, y es al pintarnos los inocentes e idílicos amores de Luz y Angel, nuevos Pablo y Virginia, dignos de la sedosa pluma de un Bernardino de Saint Pierre, pero que se despegan de la tajante y de rasgos enérgicos del autor de las grandiosas epopeyas del mar y la montaña.

Luz, criatura ideal, personificación de la inocencia y de la bondad, ángel en la tierra, sueña que está tocando el piano en la sala de un blanco chalet rodeado de un verde y frondoso bosque. A lo lejos se oye el murmullo de un cercano riachuelo; se levanta y se asoma a contemplar el paisaje y ve a un hermoso joven que la mira. Baja Luz, recorre las sombreadas y frescas veredas del bosque; se encuentra con el joven, Arcángel guardador de aquel paraíso, como ella misma le llama, se contemplan un momento, apoya su brazo en el del amoroso galán, sonríen dulcemente, se aman con ternura infinita.

(1) "Pereda novelista". Artículos publicados en el tomo XVII y siguientes de la revista "Razón y Fe".

Y este sueño conviértese en realidad después, en una ciudad veraniega, donde el galán aparece en carne mortal, aunque tan idealista como su dama.

Más adelante y cuando ya están las cosas a punto de que termine todo en bodas como en los buenos cuentos de hadas se trunca bárbaramente este idilio amoroso, al enterarse la inocente Luz de la conducta mundana y pecadora de su madre. La reacción es tan violenta en el sensible y delicado temperamento de aquella niña que le acarrea una grave enfermedad, en la que (lo diremos también con frase romántica) aquel lirio de pureza dobla su corola y muere asfixiada por las emociones de la inmunda charca que le rodea.

He aquí lo que Luz contesta a su madre cuando vuelve en sí después de un sueño o desmayo:

—"Es cosa muy singular!—me dijo tornando a su postura supina y fijando su mirada en un punto imaginario al pabellón de su cama—. Había vuelto a mis jardines... aquel paraíso de que yo te hablé... donde nos conocimos Angel y yo... me paseaba por sus senderos retorcidos, y Angel no parecía... y yo le esperaba. En esto, el sol se obscureció derepente, y comenzó a enturbiarse aquel río tan cristalino... y a crecer... turbio, ¡muy turbio!, y cubrió los arbustos de las orillas; y siguió enturbiándose, y creciendo, creciendo todavía. Entonces tuve yo gran miedo donde estaba, y llamé a Angel muchas veces... y Angel no vino. Subí a lugar más alto; y al ver que las aguas también subían corrí, de altura en altura, hasta refugiarme en el chalet. Salí a la azotea, y ví con asombro que las aguas lo habían invadido todo, ¡todo cuanto alcanzaba la vista! Temblé de espanto al contemplar aquella desolación y verme tan sola allí... A poco rato volvieron a bajar las aguas poco a poco... turbias, ¡siempre turbias!..., hasta encauzarse otra vez entre las orillas del río... Pero lo que ellas habían inundado, todo lo que se descubría con los ojos, era un lodazal tristísimo, sin praderas, sin flores y sin senderos... Sólo el chalet en lo más elevado..."

.....

"¿Y cómo salir de aquí?—prosiguió, sin apariencias de oirme—¿por dónde, si esto no tiene límites, ni un palmo de tierra

firme y limpia en qué sentar el pie?... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡Ah!... ¡ya me oye!... De allá arriba, de lo alto, de lo más alto del cielo, baja una figura con alas blancas, como la túnica que viste, y los cabellos rubios flotando en el espacio... Y vuela hacia acá... Y va acercándose a mí... Ya oigo el suave rumor de las alas al batir el aire... Se acerca más... me sonríe y me tiende una mano... la tomo con la otra mía... y me suspende y me saca de la azotea... y volando, volando, me conduce sobre la ciénaga sin fin... ¿A dónde?

—¡Luz! ¡Luz!—volví a gritar, aterrada ya con aquella fijeza de mirada y el frío marmóreo de sus manos—. ¡Vuelve a mí los ojos! ¡Mírame!... ¡estoy aquí, a tu lado!...

Pero ella, sin dar señales de atender a mis llamadas, prosiguió diciendo, con una voz débil, muy débil, pero dulce y argentina, como el sonido de las arpas eólicas:

—¡Qué alto me eleva!... ¡Y todavía más alto! Tan alto, que ya no te veo, madre mía! ¿Me oyes?... ¡Dile a Angel que le espero!... ¡También te espero a tí!... ¿Me ves?... Es imposible, porque he llegado muy arriba... ¡Y aún me elevo más!... más alto todavía!... ¡Qué región de soles!... ¡Cuánta luz!"

"Y con esta palabra se apagó su voz, como la última nota de un suspiro."

Perdónesenos la larga cita y díganos ahora imparcialmente el lector y no necesita para ello ser ningún lince en asuntos de crítica literaria; ¿se asemeja ni con mucho la romántica historia de estos amores, ni por su asunto, ni por su estilo, ni por parte alguna, al modo de componer de Pereda? ¿Quién se atrevería a afirmar que esa *última nota de un suspiro, las arpas eólicas, el suave rumor de las alas al batir el aire,* todo el tropel de admiraciones, interrogantes y puntos suspensivos, etc. etcétera, hayan salido de la misma brillante pluma que describió los galernazos del mar cántabro, las celliscas y venieras de las más enriscadas cumbres de los Picos de Europa, de la pluma que pintó la caza del oso, la muerte de don Celso y la del tío Tremontorio?

Aquí se nos durmió Homero, mal que le pese al exigente Clarín que alababa esta escena.

Ni una mujer de las que Pereda nos pinta en sus obras os la señalarán en la realidad viviente y, en cambio, Pae Apolinar, don Celso, Chisco, Pito Salces, el señor de la Torre de Provedaño y otros varios, no son prsonajes que tengan únicamente la vida poética—¡y qué vida más grandiosa!—que su creador les infundió, sino que tuvieron también existencia terrena a veces muy semejante a la que les atribuye el novelista.

Y entre las otras figuras, producto en más o en menos de la fantasía del artista, levántanse las heroicas y virtuosísimas de los sacerdotes, más repletos siempre de caridad y ciencia práctica que de sutiles distingos teológicos; las de los nobles señores de aldea, verdaderos patriarcas y padres de los pueblos donde viven, las de los humildes labriegos suspicaces y con pasioncillas vulgares, pero honrados en general y sanos de corazón; las de los hidalguillos arruinados, que son como los bufos de esta gran comedia humana, que mueven a risa al contemplar sus manías de grndeza y despiertan también simpatía por sus infortunios tan estoica y altivamente soportados; pero sobre todos estos personajes descuellan los homéridas de la gran epopeya del mar, los hombres que luchan a diario con los embravecidos elementos para conquistar el pedazo de borona que a duras penas alcanza para el sustento de los suyos, la raza de los pescadores amasada con luz solar, aire libre y agua salina, fundida en un todo con el mar que es su único elemento; cuerpos embreados y almas con brisas refrescantes o galernazos imponentes, raza bravía y heroica digna del excelso cantor que encontró, raza cuyo fin nos pinta Pereda rayando en lo sublime, cuando el principal representante de ella, su último ejemplar, va tendido en un ataud por la Alameda de Becedo camino de la última morada.

Tal es el conjunto de figuras ideales que Pereda esculpe en sus creaciones novelísticas; la de la mujer se verá siempre medio esfumada y como entre sombras, y es que el autor de

Peñas arriba necesitaba trabajar sobre dura piedra berroqueña, pues a su mano nerviosa se le escapaban los cinceles en el alabastro o la blanda cera que requieren las figuras femeninas.

Y este su vigor en la concepción y elaboración de la gigantesca obra poética que llevó a cabo, a su madre en no pequeña parte se lo debe, a aquella verdadera *mulier fortis* tan difícil de encontrar como dicen los Libros Santos.

Enrique Sánchez Reyes.